

El pensamiento marica

Facu Saxe



Colección **Intervenciones**

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Facu Saxe

El pensamiento marica

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Saxe, Facundo

El pensamiento marica / Facundo Saxe ; prólogo de Val Flores. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2024.

Libro digital, EPUB - (Intervenciones)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-630-742-0

1. Sexualidad. 2. Diversidad Sexual. 3. Identidad Sexual. I. Flores, Val, prolog. II. Título.

CDD 808.883

EDICIONES **UNGS**

® Universidad Nacional de General Sarmiento, 2024

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Prov. de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@campus.ungs.edu.ar

ediciones.ungs.edu.ar/

Diseño gráfico de colección: Andrés Espinosa - Ediciones UNGS

Ilustración de tapa: Jules Femimutancia (IG: @femimutancia)

Corrección: Guillermina Canga

Hecho el depósito que marca la Ley 11723.

Prohibida su reproducción total o parcial. Derechos reservados.



Índice

Prólogo

¿Un archivo del olvido? La escritura marika como funeraria

Primera parte

El jardín de fakundas que se bifurcan

Segunda parte

Años de aprendizaje de fakunda

Tercera parte

Psicopatología de la fakunda cotidiana

Cuarta parte

Crisis en fakundas infinitas

Quinta parte

Los milagros de nuestra señora fakunda

Sexta parte

Fakundanovelle

Séptima parte

Fakunda en la era de la reproductibilidad técnica

Octava parte

A la cama con fakunda

Novena parte

Hay una fakunda en el teléfono

Décima parte

Fakunda from outer space

Parte final

Fakunda la pura verdad

Prólogo

¿Un archivo del olvido? La escritura marika como funeraria

La pérdida abre paso a la añoranza, y en estas circunstancias, no sería descabellado considerar a las historias como una forma de compensación o incluso como reparaciones, quizás las únicas que recibiremos alguna vez.
Saidya Hartman

Cuando comencé a leer el libro de Facu, una imagen recurrente se infiltraba en la capilaridad de la lectura, acompañando las sacudidas que segregaban mi experiencia inmersiva en su escritura. No me suele suceder asociar un texto con películas, no tengo habilidad para esa conexión, por olvidadiza, por poca cultura visual, pero esta vez fue tan pregnante y percutiva su asociación que me interesa comenzar por aquí, porque algo de cómo la muerte y la ausencia entran y salen de la escritura se emparentan.

En una de las últimas escenas de la película *Aftersun* (2022), de la directora Charlotte Wells, hay una especie de fiesta rave fuera del tiempo, con luces estroboscópicas, en la que vemos a una Sophie adulta (la niña en casi toda la película) y su padre Calum que baila mientras David Bowie canta “Este es nuestro último baile / este es nuestro último baile / esto somos nosotros / bajo presión / bajo presión”.¹

Me interesa el recurso visual de lo estroboscópico que usa Wells para ese juego onírico, “un limbo entre el presente y el pasado, la vida y la muerte, el recuerdo y la realidad”, como menciona Julieta Greco² en un precioso ensayo sobre este film. Recuerdo que esa escena hizo estallar mis lágrimas por esa tensión que genera y se sostiene en toda la película, de una ausencia y un dolor que se presente, que cobra vida en lo no dicho, en lo no visto, en lo que se insinúa. “Un ejercicio de memoria fiel al modo en el que la memoria realmente se ejerce: fragmentada, diluida, intensa, arbitraria, inventada”, dice Greco.

Esos destellos breves en sucesión rápida, como relámpagos que iluminan la oscuridad y congelan un instante de cualquier movimiento, se me aparecieron

como experiencia sensorial mientras leía este libro de Facu, que nos trae una suerte de funeraria como escritura de un pensamiento marika. La muerte como ejercicio de una memoria hecha de olvidos, un archivo deshecho por preguntas que hilan imágenes desbordantes en relatos de resentimiento, enojo, tristeza y rencor. A la inversa de la escena de *Aftersun*, Facu ilumina fugazmente con su escritura los olvidos que casi obsesivamente se encarga de reponer en cada fragmento como pregunta arácnida que teje el libro: *¿cuándo ocurrió eso que no recuerdo?*

Un archivo del olvido que se va montando con el punzón celeste que se cosió como cicatriz infantil para recordar la violencia de la norma. El punzón celeste que se hundió en su culo de niña marika como sentencia de que ser *queer* en la Patagonia es un destino de muerte. O como diría Eve Sedgwick, “siempre es temporada de caza de niños gays”. El punzón celeste que Facu le arrebató a su propia historia, a su relato de *no-final*, y lo usa para agujerear con ira y exasperación esa sentencia mortal y exhalar entre esos huecos el odio que le inyectaron con violencia, indiferencia, humillación. El punzón celeste, como el efecto estroboscópico de la película de Wells, perforando las páginas sureñas de la heteronormatividad y, a la vez, la carne blanda de la niña marika. Será con esa marca que Facu escribe *Y me faltan los recuerdos*, en un libro plagado de escenas de juegos, mudanzas, casas, juguetes, superhéroes, heroínas, dioses, besos, pijas, anteojos, abuelas, brujas, tío asesinado, maestra basura, trampas de amor.

La materialidad cortante del punzón nos lleva al desgarramiento de la hoja, a la rotura de una vida, a la herida de un cuerpo. Con el punzón como arma de doble empuñadura, se puntean los olvidos que fueron haciendo a un pensamiento marika que resiste el exterminio. Abrir el culo y la boca para que entren y salgan pijas se presentan como dispositivos liminales y libidinales de sobrevivencia de un cadáver vivo, una de las tantas paradojas que pueblan las imágenes del libro.

Los hilos caprichosos del olvido (¿o del recuerdo?) unen un tiempo con una brujería, un miedo con un cuerpo, un odio con una palabra, una calvicie con un placer, un peluche con un presente, un golpe con una biblia, un secreto con una escuela, un cuaderno con una muerte, un beso con una libertad, una letra con un milagro, un perro con un gemido, un bautismo anal con cuatro caramelos sugus. Unir con ese punzón lo que fue roto, no para recomponerlo, sino para ensayar una ceremonia narrativa que insufla una posible respiración entre los restos. “La herida es el lugar por donde entra la luz”, dijo el poeta Rumi, lo que convierte al punzón celeste en un pequeño farol de un ritual mortuario.

Si la escritura marika de Facu se escenifica como una funeraria, donde se velan los recuerdos y se hace el duelo de las fakundas como cuerpos que no fueron, como vidas perdidas, como deseos aniquilados, este fragmentario acontece como un archivo de olvidos, *de las cosas incompletas, falladas, las historias que no se pueden recuperar*. Y también se asoma como un legado de cicatrices, donde la marca del punzón se alía a la cara paralizada de su abuela Berta y a las quemaduras de su abuela Chiche.

Facu nos ofrece entonces mirar en cada ataúd que arma para cada fakunda, en que marika es la profecía autocumplida de la ley heterosexual, un marcador ineludible de la muerte. Retumba en nuestros oídos la letra del deseo heterosexual en acción directa: “Preferiría ver a mis hijos muertos antes que gays”. Como advierte Eve Sedgwick, para todo niño gay o transgénero, su nacimiento y reconocimiento es leído como un símbolo de la muerte de un niño heterosexual. Pero la muerte también es paradójica. La niña marika es sentenciada a muerte porque muere el niño heterosexual, mata al niño heterosexual que debió ser y, a la vez, esa muerte da forma a un nuevo nacimiento, se trata de un doble nacimiento, de un nacimiento invertido puesto que solo entonces puede construir la historia de su niñez como un continuo hasta la vida adulta, nos recuerda Kathryn Bond Stockton.³

Pero no es lúgubre la atmósfera entre estas palabras, hay espacio para el aliento fogoso que sale por cada huequito que el punzón excava para encontrar un poco de aire. Una erótica del olvido se arma entre los claroscuros de cada escena y las sombras incendiarias del tiempo, donde el éxtasis de las calenturas no pierde su intimidad ígnea, acompañando las ambigüedades y ambivalencias de las primeras experiencias sexuales de una marika adolescente en contextos hostiles y altamente homofóbicos.

Tal vez esta funeraria escrituraria es un intento por liberar nuevas formas de memoria relacionadas más con lo espectral que con las pruebas fehacientes, más con genealogías perdidas que con herencias, más con el borrado que con la inscripción, como dice Halberstam. En este libro, olvidar se convierte en una forma de resistir a las lógicas grandiosas y heroicas, nos expone al fracaso de no recordar en forma de una biografía colectiva de sujetos muertos, consumidos por *la mancha voraz*.

Entremedio del libro, hay una tarea escolar que me llamó la atención. Está escrito: “Inventa una historia de un pajarito que nació sin patas ¿Cómo sería su vida siempre en el aire?”. Me quedo con esta imagen de una vida en el aire para imaginar la posibilidad de una memoria aérea,⁴ de los entornos y las atmósferas, como densidades plásticas y políticas, menos asibles, más volátiles,

como los olvidos que Facu nos trae, como el aire que busca en esas imágenes que comparte. Una excavación aérea que se emprende con ese punzón celeste que lo marcó a miedo y rencor, haciendo agujeros como se hacen escrituras para decir que *sigue faltando algo*, que éste no es *nuestro último baile*.

con amor, val flores



¹“Under pressure”, creación de Queen y David Bowie.

²“Ojos de video tape”, por Julieta Greco, en <https://www.revistaanfibia.com/aftersun-ojos-de-video-tape/>.

³Kathryn Bond Stockton (2009). *The Queer Child, or Growing sideways in the Twentieth Century* [El niño queer o creciendo de lado en el siglo XX]. Duke University Press.

⁴Rodrigo Parrini (2021). *Teatro y convulsión. Teatro de los desiertos y etnografías forenses*. Ediciones DocumentA/Escénicas.

Primera parte

El jardín de fakundas que se bifurcan

... escribir es un modo de situarse en un espacio de cenizas,
allí donde poesía, teoría y práctica se disuelven y pulverizan,
como una seductora provocación a practicar un pensamiento fronterizo,
promiscuo, poroso. Y ese espacio no es más que mi yo, diseminado en
trozos de múltiples nombres, cuerpos, lugares,
deseos y tiempos, revolcado entre mundos que se disputan mi vivir,
y también mi morir.

val flores,
“La intimidad del procedimiento”

El archivo de sentimientos contiene muchos tipos de documentos, tanto
efímeros como materiales. Tiene sus propias formas de claro
sentimentalismo, y puede incluir la experiencia de ver películas (...). Pero
también documenta esos momentos en que ya no es posible sentir nada y
en que es necesario algo más que una escena familiar o típica para expresar
ese sentimiento. (...) Algunas veces el archivo contiene lágrimas e ira, y a
veces incluye el silencio sordo de la insensibilidad. Los sentimientos
pueden pertenecer a una nación o a muchas, son íntimos y públicos a la
vez. Pueden hacer que una se sienta totalmente sola, pero, al hacerse
públicos, se revelan como parte de una experiencia social compartida. A
Walter Benjamin le gustaban las galerías del siglo XIX de París porque las
consideraba un almacén de la historia del capitalismo. Por esa misma razón,
me gusta el archivo de sentimiento que podemos encontrar, a veces
inesperadamente, en los lugares, objetos y gestos de las culturas públicas
lesbianas.

Ann Cvetkovich,
Un archivo de sentimientos

La lengua es mi segunda lengua.
Simplemente me invento lo que no sé.

Ergo: la historia no sigue un hilo argumental horizontal consecutivo.

Ergo: el tiempo se pierde.

Además, también, parte de esta historia, no mucho, está en *français*, así que a veces a lo mejor te confundes un poco.

Pero al final, todo vuelve a su cauce.

Prometido.

¿Qué más?

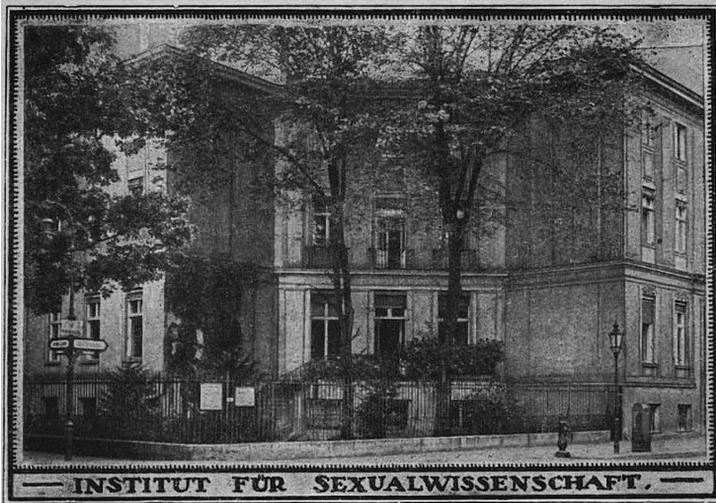
Tengo que decirlo como sea: intuyo que ya estoy enamorado de ti.

Lo cual significa que te voy a hacer daño.

Tom Spanbauer,

La ciudad de los cazadores tímidos

¿Qué es lo que quiero escribir? ¿Qué se hace cuando tu familia te quitó el cuerpo y se supone que no podés odiar? Se me cierran los ojos y la canción no es para este momento. Va demasiado rápido. Estoy escribiendo un libro con mi cuerpo. Quizás, con tu cuerpo, un libro de listas y delirios. Pienso en mis ojos cansados y tristes. ¿Por qué siempre están cansados y tristes mis ojos? Pienso en los ojos de la abuela Chiche. Los veo tristes también. Los veo parecidos, ¿sería mi abuela? Se la ve tan bella, tan triste en la pequeña foto blanco y negro antes de las quemaduras. Hace no tanto tiempo, unas dos décadas atrás, estaba viva y me llamó por teléfono: *¿Cómo querés que te llame?*, me preguntó. ¿De qué hablaba? ¿Tanto les cuesta demostrar un poco de afecto? ¿También la odio a ella? No logro acordarme de ningún abrazo. ¿O será que invento al escribir? Cambió la canción y es esa que está en el libro que escribí con mis lágrimas para hacerlos llorar. A ustedes. ¿Pero la abuela no nos besaba? ¿No nos quería muchísimo? ¿Pero con la abuela no coleccionabas las figuritas de los ositos cariñosos? ¿Pero no era fría la abuela? ¿O será que hasta mis recuerdos tienen interferencias? La abuela se fue y yo le dejé un hada playmobil. La abuela era muy bella. Antes de las quemaduras.



Estoy harta, harta de todo, harta de la humanidad, harta de los archivos, soy una marica fracasada, una mala influencia que no sirve para el mercado ni para la carne gay. Soy un fracaso como este cuerpo marica fracasado, roto, amputado. Soy un fracaso como mi cuerpo marica roto, soy la búsqueda de algo que nunca voy a encontrar. No me siento parte, no soy parte, no voy a ser parte. Lo único que le queda a la niña marica es rencor, rencor marica. Quizás, por eso siempre me atraen una y otra vez las cosas incompletas, falladas, las historias que no se pueden recuperar, los archivos que no sobrevivieron al fuego, los cuerpos que no están.



Cuando el marido la abandona con hijas, deudas y una vida de mierda, a la abuela Berta se le paraliza la cara. Cuando yo la conozco todavía se le nota en un párpado y en parte de la boca. Es como un resto, una expresión que tuerce y paraliza la mitad de la cara, una expresión que madre detesta. Madre teme que eso mismo le pase. A mí también me tiembla un párpado. ¿Será la abuela? ¿Qué hubiera pensado la abuela de saber que me besan en la boca, que me chupan la pija, los pezones y me entran por el culo? A la otra abuela también la abandonaron. Pero tenía su belleza. Aunque la belleza puede ser una maldición. Ahí viene la historia del accidente de la abuela Chiche, se prende fuego, se quema su belleza, queda desfigurada. Se cura, pero nunca queda igual. Yo no conocí a la abuela antes de las quemaduras. Hay muy pocas fotos. Era muy bella. Cuando yo la conocí no noté nada de las quemaduras en su rostro. Pero sí en sus manos. Tienen la impresión de ese accidente del que no se habla demasiado. Las cicatrices de la abuela Chiche. Décadas después la abuela es una voz en el teléfono que me hace preguntas. *¿Cómo quieres que te llame? ¿Homosexual está bien? Yo los quiero mucho, pero no se besen frente a mi marido, porque le molesta eso, le cuesta, hacé un esfuerzo, Facundito.* Tengo rabia. No digo nada. No escucho nada. No estoy, no existo, no soy, no hay cuerpo, no hay vida, es todo una película, un cuento olvidado. Pero por momentos la niña marica aparece. Nadie me mira y me meto un playmobil en la boca. Lo lamo, lo chupo, lo recorro. Casi como si chupara una pija. El playmobil es mi secreto. Es una niña con vestido amarillo que no puede mantenerse en

pie, está roto el mecanismo de la cadera. Mi boca le da refugio, mis labios la acarician. Tiene un triciclo también amarillo al que le faltan ruedas. En la mudanza a la cordillera se perdieron muchas cosas. Parte del archivo se esfumó. Pero la niña playmobil sobrevive y cada tanto, en secreto, me la meto en la boca y la chupo, la trago.

Debería estar cenando. Pero estoy escribiendo. Debería estar en otro lugar y en otro momento. Otra debería ser la vida. No puedo dejar de pensar. O más bien no hay forma de sacarse esta tristeza y este dolor. Debería haberme sentado hoy y abrir el cuaderno y comenzar a tipear. Pero me cuesta. Me cuesta el dolor, me cuesta la tristeza, me cuesta la vida. A veces me gustaría encontrar una razón para la vida. A veces me gustaría estar muerta. A veces me gustaría no haber nacido. La hipérbole fakunda que te hace llorar tanto que te reís. Fakunda marica muerta cadáver. Fakunda que no se anima. Fakunda que no se manifiesta. El cuerpo marica muerto y enterrado. El cuerpo marica fallado y fracasado. Quiero escribir un libro que se llame *Yo acuso* y que sea mi acusación a todos, mi acusación a la humanidad y a mí misma. *Yo acuso marica. Fakunda, te acuso.* Yo acuso. No lo puedo escribir todavía. Antes necesito que fakunda aparezca. Que el cuerpo marica muerto me surja de la sangre de las encías y el culo. Que te haga llorar hasta que tengas ganas de sangrar. Que te mire a los ojos y no entiendas cómo, por qué, qué pasó que ya no tenemos ganas de la vida.

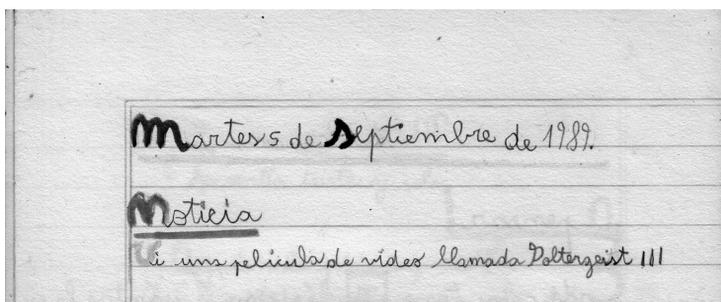
Miro el cuaderno y lo abro. Mi letra es la de un médico. Pero no soy médico. Soy fakunda. El cuerpo marica que me amputé es como un ojo que me brota y me surge y se abre y se manifiesta. Abro el cuaderno, en sus tapas la piel tiene ojos. Abro el cuaderno y no quiero recordar.

Una amiga me manda un audio y dice muchas cosas. Y dice algo así como *tu lista de pendientes, vos en tu universo del pequeño caos sos funcional, no sé si te diste cuenta, pero es hermoso. Yo que la veo de afuera y soy tu biógrafa. ¿Puedo empezar así? ¿Puede empezar así esta historia? ¿Cómo escribir cuando tengo roto el cuerpo y rota la percepción y rota la vida y la confianza? ¿Cómo escribir marica, la novela marica, el texto marica? ¿Cómo dice ese escritor que me gusta tanto? Escribir sobre eso que no querés escribir.*

Madre decía siempre eso de que su hijo, su segundo advenimiento, Facundito, había nacido con los ojos abiertos. ¿Otra ficción, otra mentira? No soy nada de eso que dicen. Ni ellos ni nadie. Pero hace unos días miraba una noticia en un

portal y había una foto de una niña que había nacido con los ojos abiertos. Hay niños que nacen con los ojos abiertos. La noticia decía algo así como que era señal de inteligencia. Lo que decía madre. Pero madre inventa, yo no soy inteligente, soy una trabajadora que se esfuerza mucho. Madre inventa, ¿o no? Lo tiene que haber leído. En *Cien años de soledad* un personaje nace con los ojos abiertos. Creo. Y ese libro fue la biblia de madre. Ahí está, de ahí lo sacó, seguro. ¿O no? Seguro que lo sacó de ahí. ¿De dónde podría sacar todo eso? ¿Qué parte será inventada y qué parte será real? La historia de mi vida, mi cuerpo y mi percepción. ¿Habré nacido con los ojos abiertos?

Se corta la luz y afuera hay fusibles, tapones, eso que cambiar. Madre va a salir, pero tiene miedo porque es de noche. Noche profunda y terrorífica, como en las películas. Hay que ayudarla, nos pide que la acompañemos, yo salgo con ella, me da un hacha para que la sostenga, así la protejo si algo ocurre mientras cambia los tapones. La niña marica sosteniendo un hacha para defender a su madre contra los monstruos que pueden aparecer en medio de una noche profunda en la que saltaron los tapones, como en las películas. Hermana se queda adentro, con un martillo, los monstruos nos acechan. Tengo miedo a lo que pueda pasar. El hacha es pesada, pero no tanto, no es un hacha tan grande. La niña marica no es muy valiente. Si apareciera un monstruo en lo profundo de la noche, lo primero que haría es llorar, o correr. Pero igual sostiene el hacha mientras la madre hace su tarea. Cambia los tapones y vuelven a entrar. No las atacaron. Los monstruos siguen afuera. Adentro, guardamos el hacha y el martillo. Pero cerca, porque los podemos necesitar para defendernos. Madre duerme con la escopeta bajo la cama para defendernos de los monstruos que acechan en la noche terrorífica, como en las películas.



Serás heterosexual o no serás, dice esa frase que en algún lado leí que tiene que ver con Monique Wittig. Y me haría una remera con esa frase. Esa frase que me define, fakunda que no fue, no fue, no es, no será. ¿Qué queda de un cuerpo que no fue? Que no estuvo, que no se salvó, que quedó apilado, sepultado, asfixiado por el odio. ¿Qué es fakunda sino un cadáver o la ficción de una niña marica? La señora marica habla con su señora marida y hay algo de la manifestación de un cuerpo, de la aparición, *de la epifanía*, dice la marida. La epifanía pagana como la aparición de un espectro. El cuerpo marica como espectro pagano de una vida que no tuve, una vida que no fue, no es, no será, y me saltan las lágrimas de los ojos y hace un rato no podía sentarme frente a esto y escribir y se me cerraba la nariz y estornudaba. El cuerpo adulto me aleja y no quiere que siga, me quiere detener. Pero algo me lleva. Todo lo que no soy, no fui, no seré, todo el cuerpo marica-fantasma-espectro que no tengo, toda la marica que no soy. El espectro que me habita y me saluda en un collar de perlas heredado de mi madre o mi abuela o alguien y otro collar de perlas construido por las manos de un perrito que se ahoga. Hasta que no te ahogues del todo no vas a entender esa huella que quedó de nosotras. Leo una historieta de *Los Pitufos* y estoy ahí, en el chiste, en lo absurdo, en lo cómico, ¿cómo puedo recordar cada viñeta, pero no recordar nada de la escena de lectura o cómo llegó eso a mis manos? ¿Cómo puede ser que lo que hago, lo que hice, lo que soy, habite unas viñetas que no recordaba hasta que las volví a leer? La ficción no me salvó la vida, la ficción me asesinó, me consumió hasta desaparecer y convertirme en un espectro. Un espectro del milagro marica que no fue, no es, no será. De fakundita sangrando por mis lágrimas, la fakunda muerta que habita cuando trago saliva.

